

Los troncos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

El mundo, la Madre Natura, siempre tiene un gran número de sorpresas para ser admiradas, gozadas o sufridas por todos nosotros los habitantes de este globo terráqueo. Sí, por ejemplo en la India lejana, cuando les toca el turno, los monzones azotan con furia esas latitudes. Desolación y muerte, tierras anegadas, hogares arrasados, inundaciones mortíferas. Caos. Ahora bien, este tres H. Consejo Editorial, se suma a los clásicos que dicen que no hay mal que por bien no venga. El paso por tierra de estos meteoros, si bien deja una estela de destrucción, su acción benéfica es mayor que las pérdidas contempladas. La tierra se anega, los campos reviven, las plantaciones se nutren y los mantos acuíferos se remozan. Y ante la abundancia la mente vuela por las nubes, por los campos floreados. Pero no deseamos extendernos en estas apreciaciones, que son producto de lo que nos hizo reflexionar el maestro Bracho. Dejemos, pues, que él nos lleve de la mano por los vericuetos de la aventura que nos regala en esta ocasión:

Aquella vez que estuve en la India, si bien me atraían las cobras –todavía ejercen sobre mí un mundo de aventuras–, y sabedor de que una mordida del reptil me mandaría a las regiones del más allá, y conecedor de que por los arrozales, por muchos campos, por ríos y por terrenos varios, la cobra habita, vive. Y claro, si un hombre, niña o mujer se atraviesa por su camino la pasará muy mal. Pero en este lugar del mundo, los habitantes a la cobra le tienen una casi veneración, de

manera que víbora y gente saben vivir con cierta armonía. La pequeña choza que tenía yo para habitar estaba situada frente a unos arrozales y muy cerca, a unos metros de un cruce de caminos que utilizaban los campesinos en sus faenas cotidianas. El ambiente era parecido a un Edén, mujeres y hombres laboriosos sembrando, desbrozando, arreglando los predios para poder gozar, en la cosecha, los granos legendarios. El aire me traía olores de la montaña, olores de árbol, de tierra mojada y de flores y de hojas y yerbas balsámicas. El sol que lanzaba sus rayos con envidia hacia que los pantanos reflejaran sus luces, que, conforme declinaba, el aspecto era cambiante, de lo blanco cegador del mediodía a los tenues colores del atardecer. Yo salía a la puerta de mi choza para pasar largas horas de plena contemplación. Debo decir que los vientos monzones ya habían pasado y ahora se aprovechaba el agua recibida. Ya pocas nubes cargadas del líquido se atrevían a pasar por este lugar. Y, lo más importante, así lo considero yo, fue el momento aquél en que una mujer, cubierta por un vestido de manta blanca, tan ligero, que se le untaba en todo su cuerpo, cuerpo de diosa, formas de montes, caderas con pendientes, vientres de subidas y bajadas pendencieras. Sí, su vestido pegado, me hizo delirar, deliro que duró no sé cuántos siglos. Resultaba claro que aquella mujer no necesitaba ponerse las enfadosas prendas íntimas, sí, vestido pegado, de tan pegado que no podía yo distinguir cuál era su piel y cuál la manta que lo cubría, la lluvia había hecho un trabajo de escultora. Apareció de pronto, como deben de aparecer las mujeres campesinas, como deben surgir las Venus: del agua, del viento, del más allá. Ella permaneció tan sólo unos instantes. Me miró fijamente. Ojos negros, de mirar profundo. Mirada que yo no sabía que era lo que me decía, mirada que no podía descifrar. Clavó sus ojos en los míos y yo no supe qué decir. Me concreté a mirarla, en silencio, casi con veneración, casi con estupor. Siguió luego su camino. A mí me pareció que sus pasos

eran diminutos, pasos que indicaban que aquella mujer era una mujer que salía del encanto y del conjuro de los hombres de buena voluntad. Cuando ya la diosa del campo había avanzado unos metros, volvió su mirada y mis ojos fueron su blanco. Esos ojos, esa mirada me dio de lleno en el alma. Luego desapareció. Cuando la perdí de vista, hasta entonces, pude reaccionar ante aquella visión. ¿Era esa joven de verdad? Su belleza morena y sus ojos y sus cejas y sus brazos y sus piernas que se traslucían a través de la tela, y su cintura que era hecha para pasar mis brazos y forjar más su pequeñez, eran ciertos. Al día siguiente al salir el sol, vi cómo unos elefantes en el bosque cercano devoraban hojas y lanzaban al aire sus voces de poder. Observé las campesinas que diligentes hacían la faena cotidiana. Y los bueyes que caminaban como sultanes prodigiosos. Y el viento que me refrescaba. Nada. La bella. La maga, no pasó ese día. Mañana. Tal vez mañana. Llegó el mañana y apenas dormí un poco, me levanté al alba, me senté bajo la puerta, y le pedí a todos los dioses habidos y por haber que hicieran el milagro de que aquella mujer apareciera de nuevo. Me bastaría un instante para llegar a ella, verla, admirarla, charlar con ella, platicar con ella, decirle que yo tenía ya el beneplácito del dios del amor para raptarla, para tenerla, para hacer los viajes más fastuosos que se pudiera imaginar, que la trataría con el tacto con el que se trata a una flor matutina. Sí, sólo un instante. No, ese día tampoco tuve suerte. Ese otro día lo pasé pensando, buscando con la mirada a la joven con el vestido blanco y sin ropa interior. Casi no comí nada, no bebí agua, no tomé el té de la región. Luego llegó el quinto día. Mi cuerpo estaba enflaqueciendo. De tanta espera, de tanto buscar, de tanto vigilar, me olvidaba de alimento alguno. Siete días; quince luego. Así pasó un largo mes, a los cuarenta días ya mi cuerpo no me podía sostener. Los huesos eran lo que más se notaba de mi cuerpo. Y ella, la muchacha del vestido ligero, la de mirar lanzando misterios, no pasaba, no. Resolví olvidar mi

dieta de agua y volví, durante la espera, a comer cosas sólidas, sí, me dije, qué tal si mi diosa terrenal se aparece otra vez y yo, débil, sin fuerzas, no podré tomarla en brazos y llevármela a lo profundo del bosque para besarla, para quitarle esa ropa y lanzarme a los confines de su cuerpo y con ello hacer que los elefantes se murieran de envidia, con ese amor explotando, los monos aullarían de júbilo, las cobras saldrían de sus madrigueras para ver la fiesta de los faunos, los árboles se estremecerían y el monzón se portaría benigno con nosotros dos. Un año ha pasado desde aquél día memorable en que apareció la mujer que me miró extrañamente. Estoy seguro que era de ese lugar específico, estoy seguro que cerca de allí estaba su hogar, otras mujeres vestían como ella y el pelo largo, negro, sedoso lo portaban otras jóvenes del lugar, y vestían como ella, como la mujer que me acabó con su mirada. Ya han transcurrido tres años y sigo saliendo al alba y entrándome cuando lo oscuro domina el valle. Hoy es ya el quinto año y a veces sueño despierto con ella, pero es eso, un sueño. Ella ha desaparecido para siempre. Pero yo no quiero darme por vencido. Juré a los vientos, al camino que sintió sus pasos, al aire que besó su pelo negro, que esperaré diez años más. Veré pasar los monzones, veré a las cobras abrazarse y retozar por los caminos, veré a los campesinos realizar sus tareas, veré a las mujeres caminar por los pantanos, escucharé el canto de la selva cercana. Eso me dará la fuerza necesaria para esperar. Pero la espera tendrá una recompensa, un premio que me hará olvidar los tristes días pasados sin ella. Cuando la vea en uno de estos días, cuando la vuelva a ver parada junto a mi puerta, ese día el mismo sol tendrá envidia. Ese día renaceré y mi cuerpo recobrará las fuerzas perdidas, ese día será el gran día, ese día, cuando la tenga en mis brazos ella, la joven de pelo negro y de ojos profundos y misteriosos me dará la savia que sanará mis dolencias...ese día. 🍷